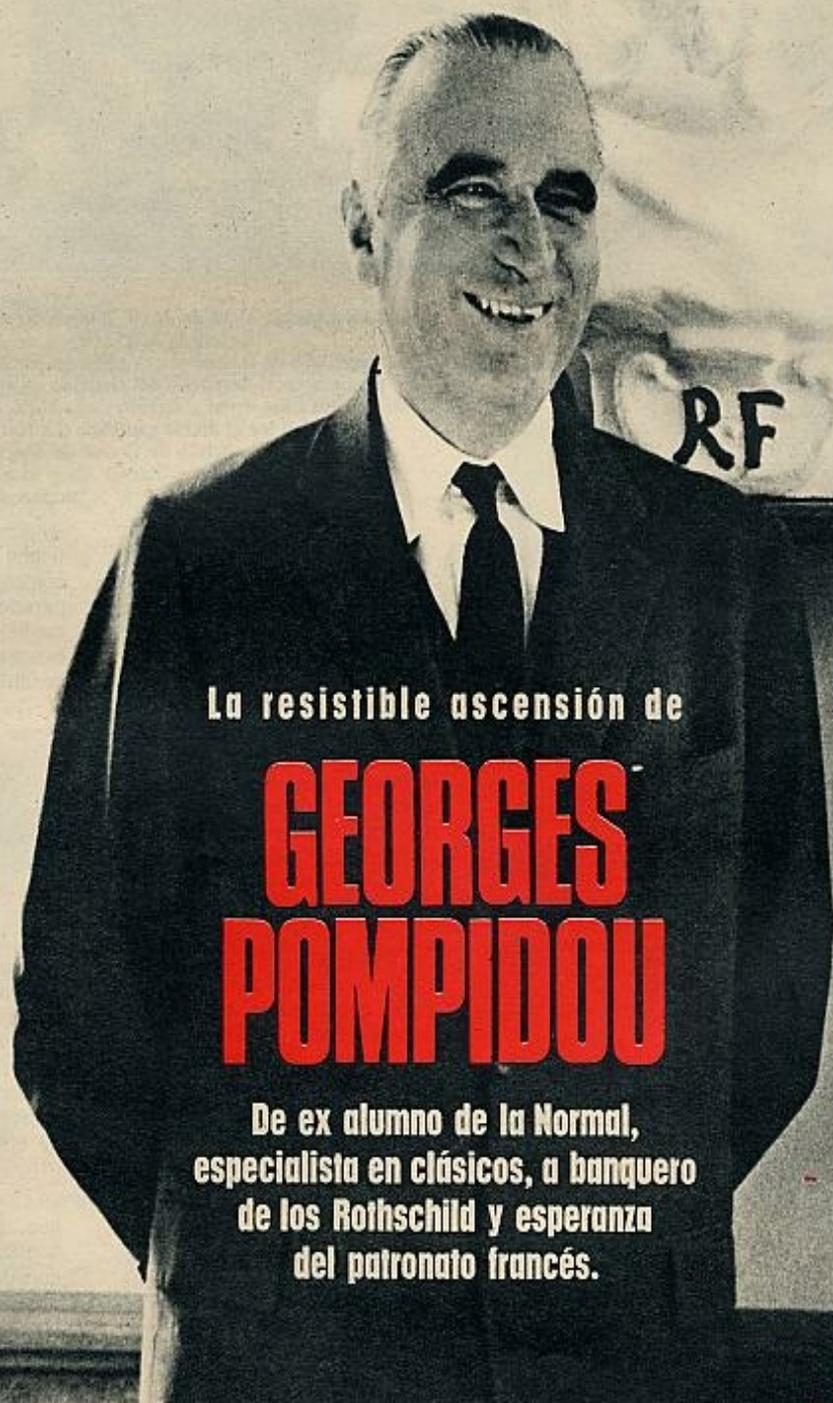


¿Celoso servidor,
devoto hasta después
de la dimisión del amo,
o procónsul impaciente
por suceder al emperador?
La respuesta es difícil.
El primer candidato oficial
al puesto que ha dejado vacante
"el más ilustre de los franceses"
está marcado por el doble
signo de la fidelidad
y la ambición.



La resistible ascensión de

GEORGES POMPIDOU

De ex alumno de la Normal,
especialista en clásicos, a banquero
de los Rothschild y esperanza
del patronato francés.



En Estrasburgo, el 13 de abril, Pompidou es aclamado por miembros de la UJP (Unión de Jóvenes para el Progreso). El universitario de treinta y tres años que un día de 1944 entraba por vez primera en el despacho del General, es ahora el Delfín de Francia...

En Lille, en el congreso de la UDR, como presidente de honor. Pompidou lee el diario gaullista «La Nation»: hay que dar ejemplo. Por encima de Couve de Murville y otros pretendientes, las cosas están claras: «Soy el único con quien el General no se ha permitido nunca alzar la voz»...

Fiel, desde luego, lo ha sido. Sus hojas de servicio dan fe de ello. Veinticinco años de presencia, desde el día siguiente al de la Liberación hasta el día siguiente al del referéndum, allí está, al lado del General, en la sombra de la calle Saint-Dominique, infatigable durante la interminable travesía del desierto, leal durante once años a un poder del que, durante mucho tiempo, ha sido el representante en segundo término.

Pero también el hombre del «destino nacional» que anunciaba, desde el lunes 28 de abril, su candidatura, está lejos de aquel universitario de treinta y tres años que en 1944 entraba por primera vez en el despacho de Charles de Gaulle.

PRIMER CONTACTO

El jefe del gobierno provisional había encargado a uno de sus colaboradores, René Brouillet —que fue condiscípulo de Georges Pompidou en la Escuela Normal y será, en 1959, secretario general del Eliseo y, más tarde, embajador en el Va-

ticano y en Austria—, «de encontrarle un profesor para prepararle los informes». Aunque confiese que no se acuerda con exactitud de en qué momento se dirigió a él por primera vez el General, Georges Pompidou evoca como sigue su primer contacto auténtico con De Gaulle: «Yo estaba de guardia. Me parece que era un sábado y que pasaba algo. Pidió que alguien fuera a verle. Palewski, Brouillet, debían de estar ausentes, y me tocó a mí la china. Entré a su despacho sin alegría, más bien con temor. Porque se trataba de recibir una bronca. No se dirigía a mí en especial, sino a sus colaboradores. Así es como le vi. Después de aquello —he entrado varias veces en su gabinete— me di cuenta de que no era tan terrible.

La calle de Solferino está cerca de la calle de Saint-Dominique. El joven profesor, que abandonó la enseñanza para convertirse en encargado de misión cerca del gobierno provisional con esperanzas de ser nombrado del Consejo de Es-





AGENTE GENERAL PARA ESPAÑA:
"VARMA,S.A." Importaciones y Representaciones

Oficinas: Calle Bernardino Obregón, 20 - Almacenes: Calle Cardenal Solís, 10 - Tel. 467 68 00 (cinco líneas)-Madrid-5

POMPIDOU GEORGES



El matrimonio, de vacaciones en Carnac, verano de 1968. Hace muchos años que los Pompidou sienten gran afición por este rincón de Bretaña.

tado, siguió naturalmente al ex jefe del gobierno que, por su parte, acababa de abandonar los «negocios». En «los miércoles» del RPF, Georges Pompidou figura más como hombre de De Gaulle que como hombre del partido. Durante varios años estará al frente del pequeño equipo de colaboradores directos del Exillado y compaginará esta actividad con sus atribuciones en el Consejo de Estado, en el que ha sido instalado, en 1946, por el gobierno Bidault.

UN BUEN CONTABLE

Durante este largo y amargo período, el trabajo de Georges Pompidou cerca de De Gaulle parece haber consistido principalmente en impregnarse del pensamiento y de los métodos del General y, al mismo tiempo, en tomar las medidas de aquel cuyo puesto se propone ocupar en la actualidad...

Seamos justos: su facilidad para los números —asombrosa en un primer premio de griego en las oposiciones— le confiere una especie de pequeña autoridad en materia de finanzas y el General lo encarga, a veces, de supervisar las cuentas del RPF. Luego le pedirá que ponga orden en la contabilidad de la «Fundación Anne de Gaulle», que ha fundado con el dinero

de sus derechos de autor en memoria de su hija muerta a los veinte años. Georges Pompidou conquista, gracias a la eficacia de sus gestiones, la consideración de Mme. De Gaulle. Igualmente eficaz se mostrará en la Banca Rothschild, de la que llegará a ser director general dos años después de que, a petición suya, René Fillon, uno de los administradores y miembro del RPF, le hiciera entrar en ella. No más carrera administrativa. Georges Pompidou parece ganado para siempre por el sector privado.

Esto ocurría en 1954. Creer aquello equivalía a creer, lo mismo que unos cuarenta millones de franceses, que el destino del General De Gaulle era quedarse encerrado para siempre en Colombey...

«Bien, Pompidou. O sea, que usted elige el dinero».

No es ya la voz amarga del nostálgico de la Francia Libre la que habla. Han pasado ocho años desde las elecciones de 1951 que determinaron el estallido del RPF y la retirada casi total del jefe. Ahora se trata de un De Gaulle vuelto a los «negocios» desde hace varios meses y que, a punto de formar su primer gobierno, acusa coléricamente el rechazo de Pompidou a participar en él.

El golpe es tanto más duro

por cuanto el General, en este mes de enero de 1959, no ha propuesto cualquier cosa al que acaba de ser director de su gabinete durante seis meses: le ha propuesto el ministerio de Hacienda. Sin embargo, esto es no calar en el carácter de Georges Pompidou: ha hecho de número dos desde el 2 de junio; incluso al frente de un ministerio importante tendría la impresión de haber retrocedido, en un momento en que De Gaulle abandona la presidencia del Consejo por la presidencia de la República y designa a Michel Debré primer ministro... Además, sólo ha pedido la baja en casa de Rothschild por seis meses, su misión ha llegado al final y, por tanto, le es fácil invocar el respeto a su compromiso...

Sin embargo, y a pesar de la severidad del apóstrofe gauliano, los dos hombres se separan sin romper. Pompidou ha conservado algo más que el contacto con sus despachos de la calle Laffitte. Ha vuelto a ser, como en tiempos del desierto, el más cercano colaborador no oficial del jefe del Estado, el único con el que éste se entrevista larga y regularmente. El será designado para ir clandestinamente a Berna, en febrero de 1961, para tomar el primer contacto con el GPRA. Y, un año más tarde, será por fin lla-

mado a un cargo que ningún jefe de Banca puede —ni quiere— hacer que se le niegue a uno de sus directores: Georges Pompidou es nombrado primer ministro.

SEIS AÑOS DE LUCHA

En estos seis años de poder, a la vez sufrido y ejercido, es cuando se afirma la personalidad de hombre de Estado del prologuista de los clásicos Vau-bourdoille, que se ponía guantes para alternar en sociedad y que hoy es la garantía número uno del patronato francés. Seis años de colaboración cotidiana entre el ex alumno de Saint-Cyr nutrido de Maurras y el ex alumno de la Normal que dice que Eluard es «su» poeta. Seis años al cabo de los cuales —por una de esas paradojas que se producen en la historia— De Gaulle se encontrará al borde del abismo y Pompidou convertido en jefe indiscutible de una derecha que no teme decir su nombre. Seis años de sumisión. Seis años de lucha.

La sumisión es, en apariencia, total. Pompidou no temió responder al periodista Pierre Rouanet, que le interrogaba en 1967 sobre su doctrina: «Mi único título político es el haber sido elegido por De Gaulle:



usted
es
muy importante
para el
BANCO DE VIZCAYA

Usted, empleado como yo, que no entiende los problemas bancarios y pisa un banco muy rara vez, es un cliente muy importante para el Banco de Vizcaya.

Siempre había pensado que tener una cuenta corriente no era para personas como yo. Creía que eso eran cosas para empresas o para personas muy ricas. Hasta que un día el Banco de Vizcaya me

convenció de su utilidad. Ahora bien, sinceramente, ¿por qué abrirla en el Banco de Vizcaya y no en otro banco? Pues porque en el Banco de Vizcaya, los clientes como yo, que nos equivocamos en las operaciones, que no sabemos nada de bancos, somos clientes muy importantes.

Vaya a la Sucursal más próxima y compruébelo.

BANCO DE VIZCAYA
Para personas como usted

POMPIDOU GEORGES

procedo de esta autoridad soberana. Esto me impide poner de relieve mi propio personaje».

La lucha es, naturalmente, más matizada, más secreta. «Soy el único con quien el General no se ha permitido nunca alzar la voz». Le gusta decir inocentemente. Esta simple confianza indica la existencia de un equilibrio de fuerzas. Estamos, desde luego, aún lejos del conflicto que terminará por producirse.

Cuando estalla la rebelión de mayo de 1968, Georges Pompidou sabe desde hace más de un año que está en entredicho. Se ha lanzado con demasiada frecuencia el nombre de Maurice Couve de Murville como el de su sucesor en Matignon, como para que ignore las promesas hechas por el General a su fiel ministro de Asuntos Exteriores. Sólo el resultado de las elecciones legislativas de marzo de 1967 le ha preservado momentáneamente: Couve, candidato en el distrito VII de París, circunscripción especialmente «difícil» en la que a Pompidou no le ha disgustado verle metido, ha sido batido en él. Lo que no impide que el hecho de haber conservado un sillón de primer ministro gracias a Frédéric Dupont, vencedor de Couve de Murville, no haya reforzado precisamente sus sentimientos filiales.

EN CASO DE AUSENCIA

El 13 de mayo de 1968 —Diez años ya son bastantes— está solo desde el día anterior: el General De Gaulle, después de haberse planteado la posibilidad de aplazar su viaje oficial a Rumania, se rindió por fin ante los diferentes argumentos de su primer ministro y, en especial, a éste: «Bucarest, después de todo, no está más que a cuatro horas de avión de París».

Tiene seis días —cinco días y medio, de hecho, ya que De Gaulle regresará de Bucarest media jornada antes— para tomar las riendas de la Francia del orden, para crear el partido del miedo. La agitación obrera, que gana de día en día, le impide aparecer como el salvador de la legalidad. No importa. Al menos, habrá dado un rostro a la reacción.

Intervención «desgraciada» de De Gaulle en la televisión el 24, agravación de los trastornos sociales: Pompidou se da cuenta de que esta vez ha llegado su hora. Quizá no sólo por cálculo personal: tiene ante los ojos la increíble imagen de un De Gaulle superado por los acontecimientos y que, según confesión propia, repite a todos sus visitantes: «¡Qué quiere usted, ya no quieren a De Gaulle!».

¿Tomó entonces el primer ministro el riesgo de aconsejar al

jefe de Estado que se retirara? Nada autoriza a afirmarlo. En cualquier caso, el General, ahora, desconfía del jefe de su gobierno. Le «besa» por teléfono el 28 por la noche, pero no por ello le hace la confianza de su viaje-misterio del día siguiente a Baden-Baden... A la vuelta se produce la aparición en la televisión —esta vez rentable— y la manifestación de los Campos Elíseos: la vieja magia ha dado resultado por última vez.

LAS VIEJAS CHIFLADURAS

En su reino, repentinamente silencioso, se reúnen dos hombres que ya no saben qué hacer uno del otro. «Si pierde usted el referéndum, mi General, el régimen está perdido. Si yo pierdo las elecciones, yo seré el único en perderlas...». «¿Y si las gana?». He aquí lo que respondió De Gaulle a Pompidou, que le instaba a renunciar al referéndum, a disolver la Asamblea y a hacer nuevas elecciones. Se trata de una réplica que, con la perspectiva, no queda exenta de un cierto patetismo. Georges Pompidou debió saborearla a gusto. Se trataba de la seguridad de su victoria sobre el viejo padre.

Al lado de esto, el resto de la historia —las elecciones ganadas, el despido de Pompidou, su declaración de candidatura

en Roma y después en Ginebra, la última cena en el Elíseo, el referéndum-suicidio, en fin— no tiene más valor que el anecdótico.

Mucho más significativa es la alianza inmediata de la totalidad de los electos UDR y de los giscardianos a la candidatura —oficial ésta— de Georges Pompidou para el Elíseo. ¿Qué les importa que se haya hecho pública incluso antes de que los últimos camiones de mudanzas de su antiguo jefe hayan franqueado las rejas de La Boisserie?...

No es que vean en su nuevo candidato al continuador natural de De Gaulle, ni tampoco al del gaullismo, sino a un hombre de orden decidido a reforzar, en caso de victoria, la autoridad del ejecutivo, su autoridad... Un jefe que sabrá deshacerse de las viejas chifladuras del viejo General: participación, tercer mundo, etc... Un jefe que ha soportado demasiado tiempo la autoridad de uno solo como para no soñar con ejercerla a su vez, en solitario.

Entonces, ¿por qué esta unanimidad? Porque saben también que Pompidou es su única oportunidad de supervivencia política. Desprovisto de la mística gaulliana el gaullismo, con Pompidou, aparece bajo su verdadero rostro. Las posiciones son francas. Por fin. ■ PIERRE BENICHOU. Fotos: GAMMA



En mayo de 1968, Pompidou está en Irán de visita oficial. Le acompaña Couve de Murville, entonces ministro de Asuntos Exteriores y muy pronto sucesor suyo. En Teherán asisten a un combate de lucha iraní.